

que la gente cree. ¿Y qué medios se utilizan para eso?" —se preguntó el ex funcionario. "Fundamentalmente se hace a través de los medios de comunicación, de la escuela, de la universidad, o sea de la enseñanza". Tal análisis condujo al autor a desenmascarar al agente "desmontador" y "destructor": el marxismo, una fuerza

plada en la asamblea de base de Vicente López "donde los aplastamos (los laicos) como a verdaderas cucarachas".

El disertante, martillero de la zona norte, arrancó el aplauso de los 300 concurrentes, al detallar que "resistimos una a una todas las artimañas que democráticamente nos fueron impuestas" y homenajeó a

Eduardo Goyena, Adolfo Van Gelder y Navarro Viola. Entre los acusados, una

entregará para su posterior conversión en australes a la escuela que más le guste. Esto y apostar a la desaparición de la escuela única, común, laica, obligatoria y no dogmática es una misma cosa.

HORACIO REDONDO

Las luces de advertencia que iluminan ya el panorama educacional acaban de ponerse en rojo. Como es costumbre en la Argentina, las luchas ideológicas adquieren en ese campo una particular relevancia, se sobredimensionan cuestiones que sólo requerirían una dosis de sentido común y de voluntad política para su solución y se abandonan los problemas más graves. También están acumulados aquellos que el gobierno radical no resolvió suponiendo que la política del aveSTRUZ le evitaría pagar un costo que luego se sumó negativamente al ya punitivo contenido de las urnas.

El triunfo peronista cambió la correlación de fuerzas también en la política educativa. Hoy diecisiete provincias están en condiciones de expresar en acciones concretas su disidencia con las orientaciones de Ejecutivo Nacional, aunque al mismo tiempo requieran de los fondos administrados por él para desarrollar sus programas. La situación puede trabarse, como ocurrió ya varias veces en organismos tales como Consejo Federal (que reúne a todos los ministros del ramo) o con programas rechazados, como el mediocre Plan Nacional de Alfabetización. También, puede primar la sensatez y la voluntad de anteponer a los resentimientos que se acumularon durante los últimos tres años, un esfuerzo reformista que constituye ya un deber social.

Pero las cosas no son sencillas porque la divisoria de aguas reubica proyectos ideológicos-pedagógicos que residen en cada uno de los partidos mayoritarios y,

Alarma

Escribe ADRIANA PUIGGROS

dibuja zonas de coincidencias pobladas de opiniones que provienen tanto del interior de ellos como del liberalismo conservador, el catolicismo fundamentalista y doctrinaria y hasta de esa izquierda cuya inorganicidad e incapacidad política no significa, como algunos pretenden, la defunción de aspiraciones ideológicas, políticas, económicas y sociales existentes, que deberían encontrar cauces.

Dentro de ese nuevo peronismo de hegemonía renovadora existen quienes argumentan que centralización, verticalidad y catolicismo son pilares de la concepción educativa peronista que deben sostenerse. Desde tal posición, cargados de un antideocratismo y antiliberalismo enfermizos, tratarían de inclinar al gobernador electo de Buenos Aires hacia alianzas con los sectores más reaccionarios del clero y al establecimiento de un estilo educativo profundamente represivo. Sin embargo, ésta no es la posición dominante entre Caffiero y su círculo de asesores. Los aires social cristianos y reformistas que caracterizan a ese sector lo colocan empero en una difícil posición, cuya causa reside en la voracidad de la Iglesia argentina con la cual deberán tratar, y en su propia indecisión respecto al enlace entre laicismo, modernización y democratización de sistema educativo. Coincidente con la falta de voluntad política de los radicales en el terreno de la educación, si



prima la duda en las filas de la dirigencia renovadora más progresista se reproducirá en la política educativa nacional la escena lamentable del Congreso Pedagógico: se abrirán espacios donde la jerarquía eclesiástica afianzará su hegemonía y no se producirá la movilización popular necesaria para gestar el nuevo discurso pedagógico que la sociedad requiere.

Muchos son los problemas acumulados durante cien años de reformas inconclusas o abortadas. Si en el radicalismo y en el peronismo predominan las fuerzas más profundamente democráticas existiría una oportunidad inédita para modificar una educación burocratizada, injusta y anacrónica. Los radicales deberán aceptar la necesidad de afianzar los mecanismos dirigidos a la consolidación de los lazos nacionales y de la conciencia colectiva, así como de vinculación del plan educativo con un proyecto nacional de desarrollo basado en la justicia social, y los peronistas tendrán que entender que los grandes planes educativos del justicialismo de los '40 y '50, solamente eran posibles en una época de expansión económica sostenida. Pero ello plantea un nuevo problema a los nuevos ocupantes de las gubernaturas provinciales. Sus sectores más tradicionales poseen el espíritu "constructivista" que supone una acción educativa paternalista por parte del Estado, que no solamente atenta contra la participación de la población en el proceso y

gobierno educativo —condición necesaria para lograr un afianzamiento de concepciones democráticas— sino que es inviable dada la situación económica de muchas provincias, incluida la de Buenos Aires. Se abre entonces otro camino, el único conocido cuando las reformas dirigidas verticalmente carecen de la base económica necesaria para realizarse: deberá recurrirse a la coparticipación de docentes, padres, maestros y la sociedad civil.

Camino resistido históricamente por el radicalismo, fue sucesivamente probado y rápidamente abandonado por el peronismo en varias oportunidades. La gran capacidad a la vez movilizadora y contenida de la agitación popular del justicialismo es en el campo de las contiendas ideológicas donde se vio menos reflejada. La expresión de las demandas de nuevas experiencias y la lucha de tendencias disidentes comprometen en aquel movimiento la reproducción del doctrinariismo y el constructivismo paternalista. Los radicales, desde la reforma universitaria de 1918 hasta el actual Congreso Pedagógico, han mostrado sus limitaciones para construir soluciones estructurales respondiendo a las demandas en los espacios que ellos mismos abren.

Laicismo, democracia y Pueblo, son términos que han estado divorciados en la educación argentina. Hoy existe la necesidad pero tal vez también la oportunidad de ligarlos mediante un pacto político pedagógico encaminado a realizar los programas que aproximarían el sistema a los justos requerimientos mayoritarios.